

RAFAEL MARTÍN RODRÍGUEZ*Universidad de Alcalá en Asia*

La España del siglo de oro: literatura y sociedad

Resumen: La presente conferencia aborda el tema de la España del siglo de oro en su vertiente literaria, pero haciendo un especial hincapié en la sociedad española de la época. A través de un recorrido sociológico, se irá vertebrando el sentir de la sociedad española que dio pie e inspiró a los grandes creadores de la literatura de la época. Resulta imposible comprender a Lope de Vega o a Calderón sin comprender el sentir popular de las gentes para las que escribieron sus obras. Se relacionarán así, los grandes movimientos literarios con los cambios sociales de España, y se explicarán estas corrientes literarias por medio de la sociología de un pueblo que era voz y parte de la literatura. El concepto del honor, los hábitos más comunes, las costumbres del ocio y la visión española del mundo en aquella época, por ejemplo, fueron la tinta con la que los maestros de la literatura escribieron sus obras. El análisis contrastivo de la sociedad y la literatura, es una herramienta imprescindible para la investigación literaria y la comprensión de los textos.

Palabras clave: siglo de oro, sociedad, literatura, costumbres, obras literarias

El siglo de oro español, que como bien es sabido, no representa un siglo, sino casi dos (aquellos que vendrían a ser los siglos XVI y XVII), se ha estudiado desde las distintas perspectivas políticas, militares y religiosas de la época. Pero para encontrar el fondo innato de una estética literaria, no basta con comentar las grandes hazañas bélicas de la España de los Austrias, las grandes citas que cambiaron la historia, como el concilio de Trento, la psicología de los reyes o emperadores, o las influencias foráneas, como el renacimiento o el barroco italiano. Si bien es cierto que todo esto mutó la vida de las gentes, llevándolas por un sendero u otro, no es menos cierto que aquellas mismas gentes ya tenían grabada en el alma el sello de su propia idiosincrasia hispánica, y que afrontaron los devenires de la historia con ese armazón cultural y psicológico que les formaba. Ese pueblo, esas gentes, fueron las que inspiraron las obras de Lope de Vega, Miguel de Cervantes, Góngora, Calderón, Quevedo y tantos otros.

Se podrá objetar que la mayoría del vulgo, a la fuerza campesino y analfabeto, malamente podía entender estas obras, por lo que resultaba difícil que pudieran leerlas, pero no es menos cierto que sus almas impregnaban los personajes literarios del siglo de oro, y que en el gran teatro del barroco, lo mismo entraba su majestad que el lacayo más pobre e ignorante para disfrutar de las obras teatrales de la época. Así, como decía el propio Lope: *El vulgo es necio y pues lo paga es justo hablarle en necio para darle gusto.*

Hay que entender a este “vulgo” del que hablara Lope como un enjambre social que cubría todos sus escalones. El teatro del barroco universaliza la cultura, haciendo que casi toda la sociedad pueda participar de ella. No se trata, obviamente, de una política igualitaria, sino más bien de la continuación de una tendencia, que hizo que los antiguos cantares de ciego o los cánticos del mester llamado de juglaría y expresados en la nueva lengua castellana durante la edad media, se trasladaran a las tablas del teatro. Cuando Cervantes escribe en libro impreso, no pensado para la escenificación, lo hace, de todas formas, acostumbrado al ojo crítico del vulgo que llenaba los teatros.

Para explicar esto veamos a continuación algunos de los elementos más comunes de la tipología española de la época, sus características más anímicas, y busquémoslas después en la literatura.

Empecemos por el concepto del honor. Esta aptitud, proveniente de nuestra belicosa edad media, venía motivada por la falta de un feudalismo al estilo europeo imperante en países como Francia. La reconquista había terminado hacía ya siglos, pero había dejado un halo de orgullo de casta guerrera y falsa ánima visigótica en las almas, no solo de la aristocracia, sino también en las de los campesinos más humildes, sabedores estos de que sus antepasados, habían echado *a lanzadas al moro*, siendo ellos la primera línea de combate, y sin nada que agradecer ni a reyes, ni a nobles. Este orgullo, que provocó que en una ocasión el furibundo público que asistía a una obra de Calderón de la Barca, fuera a su casa y le arrojara al río manzanares, es el mismo que se denota en la obra de Lope de Vega *Fuente Ovejuna*, *el alcalde de Zalamea*, de Calderón o en *el Quijote* de Cervantes. Un orgullo de casta que impregna a los personajes más humildes, haciéndoles vengadores de otros más poderosos, si llega el caso. No hay, en estos personajes, la sumisión del pobre frente al rico. Sus destinos, pueden estar firmados por la sentencia de los poderosos, pero nunca su honra. Esta se mantiene intacta y si es necesario se llega al extremo de la venganza, como en el caso de la población de Fuenteovejuna, que asesina al comendador sin menoscabo de su posición social.

Como bien dice Lope en los labios de la condesa de su *perro del hortelano*: *¡Buena quedo agora! ¡Maldígate Dios, honor! Temeraria invención fuiste, tan opuesta al propio gusto. ¿Quién te inventó? Mas fue justo, pues que tu freno resiste tantas cosas tan mal hechas.*

De este mismo concepto del honor se extrapola otro de no menor calado en la sociedad de la época, esto es, el gusto de cubrir las apariencias. Desde el propio *Lazarillo de Tormes*, donde el protagonista debe vérselas sirviendo en la casa de un hidalgo (ya la propia palabra lo define “hijo de algo”), que vive de sus apariencias y de hacer creer que tiene lo que nunca tuvo, que pasa hambre por los gustos de no trabajar y de presumir de familia, y de una más que dudosa historia heroica de esta. Como bien dijo el propio Quevedo:

Quien ve estas botas mías, ¿Cómo pensarán que andan cabelleras en las piernas en pelo, sin media, ni otra cosa? Y quien viera este cuello, ¿Por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar a un caballero...mas cuello almidonado nunca.

Para aquellos que piensen que la similitud entre pueblo y literatura tan sólo se desarrollaba en el teatro, habrá que recordarles que en época del siglo de oro, los poemas corrían de boca en boca, y que quienes no podían leerlos los escuchaban de labios de otros que sí podían. Así, para la España de la época, heredera de la expulsión de los judíos, y la posterior de los musulmanes, no había peor insulto que Quevedo pudiera dedicar a Góngora que el llamarle judío, a sabiendas de que su soneto sería leído a una velocidad que sólo hoy en día ha podido ser superada por la aparición de internet: *¿Por qué censuras tú la lengua griega siendo sólo rabí de la judía, cosa que tu nariz aun no lo niega?*

Veamos ahora otro elemento clásico de la literatura del siglo de oro español y que tiene claros referentes sociológicos. Este es el de la picaresca.

Hay que notar, al respecto de la picaresca literaria, que los personajes pícaros, si bien provenientes de la capa social más baja, y dedicándose al hurto y al pillaje, nunca pierden lo que podríamos considerar su “honor”, en un concepto de este entendido como el balance personal de uno mismo. Nunca dichos personajes se sienten peores o más miserables que otros. De otra manera, el lector español, por otra parte tan católico, no lo hubiera soportado. Así es desde *el Lazarillo de Tormes* hasta *el buscón* de Quevedo, pasando por *Rinconete y Cortadillo* de Cervantes. Recordemos a este respecto el papel de *la Celestina* de Fernando de Rojas. En una versión femenina, la Celestina no es más una pícara que se sustenta a través del engaño. Pero este personaje, aleja en su protagonismo a los amantes, siendo ella la que realmente cargue con el centro de la obra, consiguiendo así que la mentira sea el centro de la historia de los hombres. Este concepto realista o pesimista sobre el ser humano es muy típicamente hispánico, y ya lo era en aquella época. Además, al final de la obra, la propia Celestina se nos muestra como un personaje arrogante en la seguridad de su honra, convirtiéndose en casi en una heroína. Esta visión del mundo choca con el catolicismo imperante en la España de la época, demostrando, que una cosa eran los concilios y los cuadros mandados hacer por reyes o canónicos, y otra el sentir del pueblo, que supo separar los conceptos de cielo y tierra muy a su manera.

La influencia del catolicismo, de la que hablaremos más adelante, se deja notar con más fuerza en el pícaro de Mateo Alemán, *el Guzmán de Alfarache*.

Hay una característica típicamente hispánica, y esta es la del común “buscarse la vida”, escapar del hambre, burlar la miseria, y después encontrarse con la triste realidad de un final nunca feliz, pero acogido con una irónica y socarrona percepción de que “nada puede ser peor”.

Vamos hacia otra de las características que impregna las obras del siglo de oro. Es posible que

no haya pueblo más dado al mal arte de *saber lo que pasa en casa ajena* que el español. Lo que comúnmente llamamos “ser un cotilla”. Hasta tal punto llegaban los ciudadanos del siglo de oro que en Madrid había varios *mentideros*, o lo que es lo mismo, lugares públicos donde poder hablar mal de los demás, inventarse historias sobre unos y otros, y buscar informaciones falsas o exageradas. Lope de Vega tenía la costumbre de mandar a uno de sus criados a estos mentideros, con el fin de descubrir lo que se decía de él, con el propósito de que si realmente no había hecho aquello de lo que se le acusaba, hacerlo.

Este vicio llena de manera leve pero exacta casi toda la literatura del siglo de oro: tapices con ojos pintados desde donde se puede seguir la escena, como en *el perro del hortelano*, comentarios groseros o soeces sobre la vida ajena como en *el coloquio de los perros* de Miguel de Cervantes. El más claro ejemplo de esta tendencia tan hispana podemos encontrarlo en la obra *el diablo cojuelo* de Luis Vélez de Guevara, y que sirve también para criticar la hipocresía que se esconde detrás de las paredes de cada casa.

Existe una visión clásica sobre la sociedad española del siglo de oro, basada en la personalidad de sus dirigentes principales, esto es, la realeza, pero que abarca a toda la sociedad, en el inútil énfasis de hacer a los súbditos fieles reflejo de la personalidad de sus monarcas.

De esta manera, se ha venido históricamente considerando la sociología española de la siguiente manera: orden y férrea disciplina en la España de los Reyes Católicos, imperialismo y guerra en la época de Carlos V, austeridad y religiosidad en la época de Felipe II, y extravagancias, desorden y diversión en la España de los llamados Austrias menores. La verdad es que el pueblo español cambió poco a lo largo de estos dos siglos, y siempre estuvo marcado por unas perfecciones que le venían de la época medieval, si bien impresas en el papel del renacimiento, al menos para las capas más altas. Pero si nos vamos al pueblo rural, al de campo, que significaba hasta el 80% de la población, sus características fueron siempre las mismas o muy similares.

Ya hemos visto algunos de los elementos del pueblo español de la época, fijémonos a continuación en otros nos menos importantes:

Uno de estos sería el del buen comer, pero representado a través de la desesperación del hambre: la novela picaresca está repleta de estos ejemplos, y al ritmo que Sancho Panza valora la vida en virtud del tamaño de la hogaza de pan que lleve consigo, Luis de Góngora entonaba de esta manera su particular apología a la morcilla: *que yo en mi pobre mesilla quiero más una morcilla que en el asador reviente*.

El hambre: ese eterno compañero del alma hispánica que ha acompañado nuestra literatura, y que se ha expresado casi siempre con un humor negro e irónico de percepción fatalista de la vida, pero que en vez de traumatizar, más daba lugar a la risa, como bien supo hacer el dramaturgo Lope de Rueda.

Hay una curiosa vinculación entre el hambre y la guerra, como bien expresó Miguel de Cervantes: *a la guerra me lleva mi necesidad, si tuviera dineros no iría en verdad.*

Y seguimos aquí con ese elemento tan característico de la España del siglo de oro que fue la guerra. España, como ya se sabe, mantuvo una lucha sin cuartel desde la entronización de Carlos V como Rey de España hasta el final de la guerra de los 30 años, casi 150 años después. Pero esta tendencia guerrera venía ya marcada por nuestra particular y sangrienta edad media.

No hemos de olvidar que muchos de los grandes literatos de la época pasaron por el oficio de las armas: Cervantes en Lepanto, Calderón en los Tercios de Flandes, Lope en la guerra de Portugal o Quevedo como espía contra la república de Venecia. No tenemos que extrañarnos de que sus obras estén impregnadas de referencias a la vida de los soldados, considerando que para buena parte de la población española, esta vida se convertía en más que una probable salida profesional. De esta forma, en una España donde el honor se defendía con la espada, donde los muchachos recibían a la temprana edad de 13 años una daga como regalo y que orgullos portaban al cinto, y donde se hacía gala de fabricar los mejores aceros de occidente, la guerra es un continuo tanto en el teatro, como en la novela o en la poesía.

Ya dijimos antes que hablaríamos después de la devoción religiosa. Este es sin duda uno de los elementos más destacables de nuestro siglo de oro, y que enrosca directamente con la guerra, por la percepción de lucha santa contra el hereje que se tenía en aquella España sobre las guerras en Europa.

Es necesario diferenciar la España marcada por el concilio de Trento y la contrarreforma, que hizo a España fiel defensora de la causa romana, de la sensibilidad del pueblo hacia la iglesia. Con demasiada prestancia se ha vinculado demasiado el primer elemento con el segundo. Este error es motivado por el hecho de que los pintores, literatos o dramaturgos tuvieran que vérselas continuamente con la censura impuesta por la iglesia, lo cual hacía que en muchas ocasiones existiera un halo de catolicismo en sus obras, unas veces sentido, y otras obligado para no terminar en los interrogatorios de la santa inquisición. Pero hay que recordar que la inquisición no fue una invención española, y que también se desarrolló en Roma, Francia o Frandes.

Recordemos el *con la iglesia hemos topado, amigo Sancho*, que Cervantes puso en boca del Quijote. No es menos cierto que España cuanta con una literatura puramente religiosa que arranca con la poesía mística de Santa Teresa o San Juan de la Cruz, pero es necesario separar la política nacional del sentir del pueblo. De esta forma, si rastreamos en muchas obras teatrales, hechas para ser representadas ante todas las capas de la sociedad, nos daremos cuenta de que el sentir religioso es más devoción hacia Dios que hacia la propia iglesia, que en muy escasos casos aparece. La moral cristiana es menos significativa que en otras obras consideradas más humanistas del renacimiento o del barroco italiano y suele estar cargada de un mayor énfasis irónico. En este caso, el catolicismo

se nos muestra como un elemento de “techo” de la sociedad, pero sin llegar a tocarla del todo. No hay, en nuestra opinión, mayor desacato religioso y al mismo tiempo resignación católica sentida que el famoso soneto de Lope de Vega:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras? ¿Qué interés se te sigue, Jesús mío, que a mi puerta, cubierto de rocío, pasas las noches del invierno oscuras? ¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras, pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío, si de mi ingratitud del hielo frío secó las llagas de tus plantas puras! ¡Cuántas veces el ángel me decía: “Alma, asómate ahora a la ventana, verás con cuánto amor llamar porfía”! ¡Y cuántas, hermosura soberana, “Mañana le abriremos”, respondía, para lo mismo responder mañana!

Otro elemento típico del pueblo hispánico de la época y que dejó marca en la literatura de la época fue el gusto por el vino. Recordemos a este respecto, que en temporadas, este era tan bebido como el agua, debido a los problemas de higiene resultantes del poco control de pozos y ríos. El vino es el líquido fiel de las representaciones teatrales, con él se brinda, con él se almuerza y cena y con él se festeja. El mismo Lope de Vega se quejaba en una ocasión de la multitud de tabernas de Madrid, en comparación con el escaso número de librerías: *es Madrid ciudad bravía, que entre antiguas y modernas, tiene trescientas tabernas y una sola librería*. Tirso de Molina se quejaba así mismo de la costumbre de muchos taberneros de lo que se denominaba *bautizar el vino*, que no era otra cosa más que el de mezclar el vino con agua para así aumentar las ganancias: *cuando pido de beber, agua me traen en la copa, y vino me echan encima*.

Los personajes centrales de las obras del siglo de oro beben, fuman, toman chocolate y en fin, representan la atmósfera general de los pueblos de España. Recordemos que tanto el tabaco como el chocolate los trajeron los españoles de América. Así, en Sevilla se realizaron los primeros cigarrillos, y en los conventos y monasterios cundió la moda de mezclar el llamado cocolate, con leche y azúcar, naciendo la popular bebida. Para que nos hagamos una idea de la devoción de los españoles de la época por el chocolate, sólo diremos que se aconsejaba el consumo de 5 o 6 onzas de chocolate al día mezclados con azúcar, “para no excederse”. Quevedo se mostró siempre un férreo denostador del tabaco, además del chocolate, por lo que sin saberlo, se convirtió en el primer defensor del anti tabaquismo. En este célebre texto ironiza con la posibilidad de que tabaco y chocolate sean venganzas de América contra los españoles por la conquista:

De allí llegaron el diablo del tabaco y el diablo del chocolate,... estos dijeron que se habían vengado a las indias de España pues habían hecho más mal en meter los polvos y el humo...que el rey católico a la colonia cortés y a almagro y a pizarro.

Analicemos ahora otros elementos de la sociología hispánica recurrentes en la literatura del periodo. Uno de ellos, quizás uno de los más destacables, sería el papel que tienen las mujeres en las principales obras. Si comparamos el carácter de la mujer española en estas obras con las de otras de la misma época en otros países, tales como Inglaterra, Francia o Italia, podremos distinguir que

la mujer española se muestra con un carácter, en comparación con sus coetáneas europeas, más indómito, más libre y más propenso al mando. Esto podría contrarrestar con la imagen de la mujer que daba la iglesia, pero no debemos caer en el error de considerar a la mujer española de la época desde la óptica que la iglesia deseaba o proponía. La mujer española, sobre todos la castellana o extremeña, estaba acostumbrada desde la edad media a trabajar la dura tierra, azadón en mano, tantas horas como podrían hacerlo los hombres. Esta característica, hizo que no faltaran ejemplos de mujeres guerreras en las crónicas hispanas, muchas de ellas de la época que nos ocupa, como la mujer de Padilla en su resistencia toledana contra las tropas de Carlos I. También son muchos los ejemplos de mujeres luchadoras en la América colonial provenientes de los duros campos de Castilla o Extremadura. Esta mujer no podía ser representada con las pinceladas suaves y delicadas del renacimiento italiano o del Barroco inglés o Francés; debía, para que la lectora o asistente al teatro se sintiera identificada, ser definida con rasgos más autoritarios, y por supuesto, mucho más protagonistas que en el resto de Europa. Todavía hoy sorprende a muchos lectores extranjeros esta rudeza de la mujer hispánica en el siglo de oro, pero recordemos que una de las características del barroco, es, como en los cuadros de Velázquez, representar las características de la sociedad tal y como esta era. Así, son mujeres las que inician la revuelta en *Fuenteovejuna*, son mujeres las que inundan y centran muchas de las obras de Lope de Rueda, son mujeres las que personifican la sátira mordaz de Cervantes y los sueños de un Don Quijote que desea a una princesa delicada de cuento, pero que en realidad es la más salvaje y ruda de todas las mujeres. En España, mucho más que en otros lugares, se ha desarrollado eso que se llamaba el “matriarcado en casa”, y no podía ser que no fuera representado en la literatura de la época. Podemos decir, a este respecto, que las influencias, sobre todo francesas posteriores, hicieron que este tipo de mujer no fuera más literariamente aceptable, aunque la mujer española siguiera conservando sus características propias. ¿Qué otro pueblo en el mundo podría soñar con las serranas del libro del buen amor?

La envidia. Ese mal tan característico de los españoles. De entre todos los insultos que España recibió durante la propagación de la leyenda negra, ese fue el único que no fue utilizado, y sin embargo, tal vez era el único que hubiera tenido motivos. Nuestros literatos hacían, en ocasiones, gala de este mal tan común, como en el poema satírico de Góngora contra Quevedo, donde nos demuestra su malestar porque el fénix de los ingenios valorara más la amistad con Quevedo que con él: *hoy hacen amistad nueva mas por baco que por febo don francisco de que bebo félix lope de beba*.

La misma envidia insana se nota en multitud de obras teatrales de la época, casi siempre como origen de conflictos, unas veces dramáticos, y otras cómicos. Una diferencia aquí importante, es que rara vez esta envidia es representada como un mal que haya que curar, con una moraleja posterior. Se suele considerar, sin embargo, algo innato y difícilmente erradicable.

Los celos tienen también su parte de importancia en el desarrollo de los amores de esta época. El caso más claro es el de *El perro del hortelano*, si bien, como en el caso de la envidia, también está tratado de una manera general. Los celos, simplemente, forman parte del desarrollo personal y lógico de las personas, y provocan toda clase de situaciones, de nuevo dramáticas o cómicas, pero siempre sin ser ellos los protagonistas, pues se considera que cualquier persona los tiene y es lógico y normal el que manejen parte de su vida.

Otro elemento interesante es el de la percepción de las escalas sociales. Aquí es necesario considerar lo siguiente. Si bien España era, en la época, una monarquía absolutista, lo mismo que Francia o Inglaterra, y que existía una aristocracia que ejercía un mando evidente, además de ser la mayoritaria propietaria de la tierra, no es menos cierto que, como ya dijimos antes, en la España medieval nunca hubo feudalismo, y que una característica hispánica era la del orgullo de casta, lo que vendría a ser la limpieza de sangre, casi siempre imaginaria, pero que hacía dudar a muchos sobre que la aristocracia tuviera la misma “limpieza” que ellos. Añadamos, además, que en 1521 se desarrolló en Castilla la primera gran revuelta contra los nobles y el futuro emperador Carlos V, la guerra de los comuneros, capitaneada por una burguesía más o menos bien estante y buena parte del pueblo. El hecho de que dicha revuelta fracasara, no debe confundirnos en la idea de que una revuelta así, en la Francia o en la Inglaterra de la época era impensable.

En la literatura del siglo de oro, la nobleza se reúne con el pueblo llano en los bodegones y en las tabernas, luchan en los tercios codo a codo o se mezclan, haciendo que la línea divisoria, si bien claramente existente, sea mucho más elástica que en otros países de Europa.

Esto no podía ser de otra manera, si consideramos que el pueblo llano llenaba los teatros y hubiera considerado contrario a su honor otra representación distinta. Recordemos que la mayor ambición del español de la época consistía en acumular riquezas que le permitiera ostentar un título nobiliario, lo que hacía que muchos de estos nobles fueran, nuevos nobles.

Hemos de considerar, además, que la literatura acababa de romper con los mitos idealistas medievales, y lo que ahora se representaba en las tablas de los teatros era más la vida misma. El Quijote terminó con la tradición de las novelas de caballería y a lomos de su rocín, fue destrozando uno a uno los mitos del idealismo de la nobleza. Un idealismo inventado en pos de un mantenimiento preciso del estatus social de los poderosos. Ahora, lo que se requería era la representación mundana del ser humano, pobre o rico, ambicioso, generoso, villano o noble, que leía las obras o iba a verlas representadas. Estas obras, son tan exactas de la vida común, que podemos conocer fácilmente los pormenores de sus vidas. Frigones, bodegones, posadas, mesones o medias con limpio se entremezclan en el quehacer diario de los personajes: *a las dos de la noche que ha dado, me mi media con limpio me has sacado*.

Lancémonos, pues, en adelante, a analizar el siglo de oro desde una vertiente nueva, la de la

sociología de la época. En sus páginas se encuentran la historia de miles de hombres y de mujeres, que con sus andanzas más mundanas enriquecieron la considerada época más fértil del arte español, y disfrutemos así con sus historias.

Bibliografía

- Díaz-Plaja, F. (1999): *Vida cotidiana en la España del siglo de oro*, Madrid, Edaf
- Jones, R. O. (1984): *Historia de la literatura española: siglo de oro: prosa y poesía*, Madrid, Ariel
- Néstor, L. (1996): *La vida cotidiana en el Siglo de Oro español*, Madrid, Planeta
- Núñez Roldán, F. (2004): *La vida cotidiana en la Sevilla del siglo de oro*, Madrid, Sílex ediciones
- Pinel Martínez, J.A. (1998): *Manual de literatura española*, Madrid, Castalia
- Rodríguez-San Pedro, L. E. y SANCHEZ LORA, J.L. (2000): *Los siglos XVI–XVII*, Madrid, Síntesis
- Suarez Miramón, A. (2009): *Literatura, arte y pensamiento, textos literarios del siglo de oro*, Madrid, Editorial universitaria Ramón Areces